

BONIFAZ NUÑO, Rubén, *Ovidio: arte de hacerse amar*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 46), 2000, 144 págs.

Llama la atención lo “extraño” o “provocador” o simplemente “inusitado” del título. Quien conoce el tratado *Ars amatoria*, o *Ars amandi* de Ovidio, no puede menos que sentir curiosidad de conocer qué interpretación del famoso *carmen* del sulmonense se implica con este título de “arte de hacerse amar”. Consiste este “librillo”, como su autor lo llama (p. 31), en cinco capítulos, de los cuales el I (pp. 5-31), a manera de introducción, se ocupa en general de la vida y de la obra de Publio Ovidio Nasón. El II (pp. 33-56) valora el tratado ovidiano, defendiéndolo de la acusación que ha recibido como una obra supuestamente inmoral o frívola. En el III (pp. 57-83), asienta Bonifaz lo que es, quizá, el corazón de su libro. La verdad que Ovidio ha desarrollado en medio de pasajes sólo en apariencia superficiales, es, según Bonifaz, la idea que tiene del amor como fundamento del mundo y de la cultura, sobre todo, en la Roma que le tocó vivir. El capítulo IV (pp. 85-116) desarrolla la idea del amor como combate, como fuente de sufrimiento y como urgente peligro, junto con las armas que Ovidio ha dado a cada uno de los combatientes. Finalmente, el capítulo V (pp. 117-144) versa sobre la relación que con el amor guardan la libertad y la transitoriedad del tiempo.

La lectura de este libro es sabrosa por sus tesis interesantes y por la brillantez de la prosa bonifaciana, que no han dejado de lado aspectos

PALABRAS CLAVE: amar, amatoria, ars, arte, Bonifaz, Ovidio.

RECEPCIÓN: 30 de abril de 2001.

ACEPTACIÓN: 4 de mayo de 2001.

importantes de Ovidio y del *Arte de amar*. Por ejemplo, en el capítulo I, están allí su nacimiento, su patria y su familia; su malhadada carrera política y su flamante vocación literaria, apoyada por su benefactor Mesala; sus relaciones con Propercio, Horacio, Galo y Virgilio; están su *carmen* y su *error*, que le ganaron la animadversión de Augusto; están también sus obras que escribiera como “poeta del amor, de los dioses y del destierro” (p. 27); de todo se habla oportunamente.

Destaca el hecho de que todos los datos que tienen que ver con la biografía o la producción literaria, y las interpretaciones de los mismos, se extraen y se ciñen a las fuentes, que en su mayor parte son los versos mismos del poeta latino. Y esto a lo largo de todo el libro, pues, fuera de algunas palabras escritas para censurarlas en la página treinta y cinco, y de otras vagas alusiones, no existe cita alguna a la bibliografía de los estudiosos modernos y contemporáneos del tema, casi como si ante el lector estuvieran solos Ovidio y Bonifaz, y como si alguno que otro de los antiguos, como Virgilio, Tibulo o Tito Livio, de vez en cuando hiciera una breve interrupción. Si esto es digno de elogio o de censura, júzguelo el lector; lo cierto es que difícil, si no imposible, es no gozar de la rotunda, consistente, pulida y elevada prosa de Rubén Bonifaz Nuño, a la que ya nos tiene acostumbrados. Así, como botón de muestra, al referirse a la conciencia que el mismo Ovidio tiene del valor perenne de la obra propia, Bonifaz escribe:

Ninguna vacilación, ni un resquicio permitido a la duda. Todo es seguridad en su genio, y en la eternidad de la obra de su genio. Y tenía la razón más cabal. Ni el poder político ni la fuerza de los años pudieron limitar y carcomer esa obra iniciada desde muy temprano, creada por la natural necesidad de un impulso de fuente, destinado a expandir por todas partes inapagables luces (p. 25).

Por mi parte, con el ánimo de ser breve y a manera de invitación a la lectura, quiero detenerme en algunos aspectos del capítulo II (pp. 33-56). Allí se exponen, primero, las defensas que el mismo Ovidio esgrimió en contra de aquellos que acusaron a su obra de inmoral; después es Bonifaz mismo quien defiende a Ovidio de quienes lo tachan de frívolo. ¿Cómo lo hace? Ovidio, como dice el traductor de las *Metamorfosis*, del *Arte de amar* y de *Remedios del amor*, tomando en cuenta el género de la poesía didáctica —que se remonta a Hesíodo y que lo mismo fue cultivado por Lucrecio en su tratado *De la natu-*

raleza de las cosas que por Virgilio en sus *Geórgicas*—, parodió dicho género, mediante un tratado en que, si bien se enseña a amar mediante preceptos expresados sin profundidad alguna, contiene, no obstante, una concepción del hombre y del mundo nada superficial (p. 37).

El resto del capítulo II es precisamente el desarrollo, nada ocioso y cabalmente ejemplificado, de esta defensa. La primera prueba son los logros técnicos del poeta latino: habiéndose ejercitado en la técnica de la poesía didáctica, mediante la composición del tratado acerca de los afeites, Ovidio consigue para *El Arte de amar* “vida, colorido y frescura”, “variedad y riqueza de estilo” (p. 39), “agilidad y riqueza” (p. 40) mediante el empleo de varios recursos artísticos, como son los paralelos, las digresiones, las descripciones de conductas y sitios, amén de “la aguda perspicacia con que [Ovidio] sabe penetrar en los recovecos del alma humana” (p. 44). Consiguió así, en efecto, componer un poema didáctico.

Pero la virtud técnica no es lo único en el *Arte de amar*, dice Bonifaz. La segunda prueba de su defensa es la lectura atenta y sin prejuicios. Si se lee así, el poema revelará su profundidad. Bonifaz pone tres ejemplos, el primero es la fábula de Dédalo e Ícaro. De ésta Ovidio extrae la moraleja de que su tratado es una empresa demasiado grande, puesto que, tal como Minos quiso aprisionar a un hombre que adquirió la facultad de volar, él quiere mantener prisionero al amor que es por naturaleza un ser alado (p. 48).

Pero, además, se desprenden de esta fábula otras lecciones particulares: “la adversidad mueve al ingenio”, “los pocos años fomentan la temeridad”, la enseñanza “que impone al discípulo la obligación de ceñirse puntualmente a lo que el maestro dispone, so pena de poner en peligro su existencia misma” (p. 48).

El segundo ejemplo está tomado de Homero: cuando Odiseo refiere a Calipso la caída de Troya, las olas borran súbitamente el dibujo que aquél había hecho en la arena. La diosa señala al héroe que la figura es tan falaz, que no ha de confiarse en ella, y amonesta: “ten algo de más valor que el cuerpo” (*Ars amatoria*, II, 144: *atque aliquid corpore pluris habe*). Ovidio, y con él Bonifaz, hace ver que las virtudes del alma remedian y pueden llegar a superar la ausencia de belleza física (p. 50). Aunada a esta moraleja está otra que advierte sobre el error que existe en depositar confianza absoluta en cualquier cosa que sólo en apariencia es segura (p. 50).

Estos primeros dos ejemplos le ayudan a Bonifaz para hacer alusión a la posible pertenencia de Ovidio a alguna escuela iniciática o mística. El primero está relacionado con la obediencia incondicional, impuesta normalmente en estas sectas (p. 49); el segundo, con la insuficiencia que estos grupos achacaban a los signos escritos para mantener y transmitir las verdades esenciales (pp. 50-51).

Por último, el tercer ejemplo es la historia del cazador Céfalo y de su celosa amada Procris. Ésta, creyendo que aquél llamaba, para ser consolado, a una mujer y no al viento "Aura", se enfurece y lo espía mientras el supuesto infiel está de cacería; cuando ella se da cuenta de su error, sale del escondite haciendo aspavientos, pero Céfalo la mata creyendo que es la presa que persigue. Así también enseña Ovidio que no se debe ser descuidado cuando se demuestra amor, debiendo tomarse en cuenta el tiempo y el lugar. Enseñanza que el mismo Ovidio, al parecer de Bonifaz, no siguió en el caso de su *error* cometido importunamente delante de Octavio y que le valió el destierro (p. 55). Así, para Bonifaz, al penetrar en el texto más allá de su gracia, de su ironía o de su elegancia, se puede encontrar un fondo de seriedad y de nobleza, por las iluminaciones de carácter ético que contiene. Sólo será posible entender y apreciar el poema en sus sentidos e intenciones, si se realiza la búsqueda que permita llegar a este fondo, recubierto de frivolidades (pp. 55-56).

Este libro de Bonifaz es, como él mismo lo dijo, una lectura del *Arte de amar* (p. 31). No es más que eso, podríamos decir, pero no es menos, y no es poco si tan sólo aprendiéramos a leer de esta manera, ciñéndonos al texto, a los clásicos, a fin de arrancarles conocimiento, virtud y sabiduría para nosotros. De ser así, tal vez los mexicanos nos quejariamos menos de no tener acceso a las grandes bibliotecas europeas o norteamericanas, antes de haber sacado nosotros mismos el zumo de una buena lectura de Homero o de Platón o de Demóstenes, como Bonifaz lo hace aquí de una obra de Ovidio.

José MOLINA

* Esta reseña se elaboró dentro del proyecto "Razonamiento deductivo y normatividad en la ética estoica" (Proyecto PAPIIT IN 401799 de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México).